

La ciudad repicaba á vuelo, la poblacion acudia en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El general Zaragoza, que habia permanecido durante la accion en la iglesia de los Remedios, desde donde habia dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heroicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una palabra, embargado por la mas santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensacion, los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienes circundadas con el laureo inmarcesible de la victoria.

El *sol de Mayo* alumbraba aquella grandiosa escena y se tendia en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoracion de un ejército y semidios en el templo de la patria.

XII.

El pabellon tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se habia levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, prosternando á su paso á las naciones aguerridas del viejo continente.

Habia llamado desde lo alto de sus glorias al génio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrion para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas á sus laureles en la mas negra de las derrotas.

De hoy mas el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nacion francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de Mayo, aniversario de la muerte de Napoleon I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el cuartel de los Inválidos á orillas del Sena.

CAPÍTULO XXI.

De las no muy gratas noticias que recibieron los señores intervencionistas
la tarde del 5 de Mayo de 1862.

I.

Terribles horas de agitacion y de agonía iban trascurridas desde que el general Zaragoza anunció que los franceses estaban á la vista.

La multitud estaba agolpada en la oficina del telégrafo, y cada vez que la electricidad tocaba los conductores de la máquina, los corazones se estremecian como si el rayo se deslizase por aquel alambre misterioso.

La ciudad estaba calenturienta esperando por momentos que se velase en el silencio del gabinete algun telégrama.

Juarez habia prometido al pueblo comunicar la verdad de los hechos, porque ninguno mejor que él sabria apreciar la situacion y prepararse para las eventualidades de la fortuna.

Los partes de la batalla eran alarmantes, estaban impregnados de aquella ansiedad, que aunque disimulada, preocupaba altamente el espíritu de Zaragoza.

Como la historia no se ha escrito todavía y los telégramas del héroe del 5 de Mayo pueden alterarse por los enemigos de la nacionalidad mexicana y quedar al ménos en duda este hecho importante, los irémos insertando en este capítulo como cumple á nuestro propósito, toda vez que nuestro libro está consagrado á la sublime epopeya que se registra en las páginas de nuestra historia contemporánea.

II.

Entre las personas que ávidas de noticias permanecían en la oficina telegráfica, se encontraba el invalido Torre-Mellada, rodeado de tres ó cuatro estantiguas del vireinato, formando un grupo particular y hablando *sotto voce*, mientras en los ángulos del salon habia unos jóvenes republicanos, rodeando á su vez á un abogado, síndico del ayuntamiento, que con muy buenas razones probaba el gran peligro que corria la capital, si los zua- vos tomaban la ciudad de los Angeles.

El abogado era hombre que veia para muy adelante, tal vez para el siglo venidero; y su espíritu esforzado se alarmaba hasta al reventar de un estornudo.

—Y estos invasores, preguntaba procurando disimular su ansiedad, acostumbra ahorcar síndicos de ayuntamientos?

—Creo que será de lo primero que se ocupen, respondió un estudiante conociendo el pánico del interrogante.

El abogado insistió:

—Y por supuesto que no habrá perdon?

—Eso no se acostumbra en Francia, señor mio.

—Y conocerán en las facciones el cargo municipal?

—Precisamente usted tiene una cara muy *sindica* y *municipal*.

—Hombre, usted se chancea; no abuse usted de mis preguntas, yo solo quiero saber lo que arriesgo.

—Es muy sencillo; si no lo fusilan á usted, lo llevan á los campos de la Martinica á cultivar la tierra.

—Yo no creia que estaba en uso el derecho romano, por el cual eran siervos los prisioneros de guerra; aunque propiamente hablando, yo no tendria esa calidad.

—Luego usted no quiere tomar las armas para la defensa de la patria?

—Ya las he tomado otras ocasiones.

—Sí, ya recuerdo, dijo uno de aquellos entes que nunca faltan como llovidos del cielo para hacer quedar mal al mas pintado; usted iria á Churubusco en la invasion americana; pero al recibir la noticia de la derrota, lo ví á usted atravesar corriendo la plaza de Armas tirando el fusil en el átrio de Catedral.

—No es cierto, el fusil se cayó solo; es decir, se desprendió de mi mano á causa de la emocion que produjo la convulsion de la situacion; porque la invasion----

—Señores, dijo el estudiante, la máquina da toques de atencion, algo pasa en el campo de Zaragoza.

Un silencio profundo discurrió en aquella sociedad bulliciosa y acalorada.

Todos estaban atentos á los golpes de la máquina, queriendo adivinar tras el continuo y monótono golpear, algo de los sucesos interesantes que ocurrían en el campo de batalla.

Prévia autorizacion del gobierno, se leyó en voz alta el mensaje de Zaragoza:

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—El enemigo está acampado á tres cuartos de legua de la garita de esta ciudad. En los suburbios de ella y por el mismo rumbo tengo mi campamento. El cuerpo de ejército listo para atacar y resistir.—El general O’Horan me avisa que ayer batió en Atlixco á 1200 reaccionarios, que abandonaron la poblacion despues de alguna

resistencia: parece que el resto de las chusmas reaccionarias se halla en Matamoros preparando su marcha para este rumbo. —Zaragoza.”

III.

—Lo dicho, decia á sus amigos el inválido Torre-Mellada, el ejército frances se encuentra á la vista, dentro de muy poco darán el asalto como en Sebastopol, es negocio de unos momentos.

—Compañero, ya las cartas están echadas, Puebla será francesa muy pronto.

—Volverémos á los tiempos del señor Iturbide; aquel sí era todo un imperio, ¡qué hombre tan rubio!

—Buena fisonomía y buen *golpe de Estado!*

—Insisto, dijo el inválido, en que ese golpe fué muy soldado.

—Precisamente eso le inculpan á S. M.

—Sea lo que fuere, á lo hecho pecho, mas vale el dominio de la espada que la libertad demagógica.

—Es cierto, y tocante á los asuntos de hoy, yo creo que las proclamas francesas están de acuerdo con la marcha del gobierno provisorio del general Almonte.

—Como que han asegurado los señores comisionados, que Almonte fué invitado por S. M. Napoleon III para venir con la expedicion.

—Está claro, dijo Torre-Mellada, todo esto es un plan combinado para *mexicanizar* el negocio.

—Ya se entiende; ademas, que la Europa no tiene mas objeto que nuestra felicidad; porque amigo mio, este gobierno de caribes ya no es posible.

Aquella gente estaba insolentada al pensar que el extranjero acabaria por posesionarse de la república.

Un segundo parte anunció que la batalla habia comenzado.

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las doce y veintiocho minutos.—Son las doce del dia y se ha roto el fuégo de cañon por ambas partes.—Zaragoza.”

Aquella noticia, mas terrible aún que la anterior, puso nerviosos á los concurrentes.

La batalla habia comenzado.

—Hoy se repite la de Solferino, decia lleno de gozo el inválido, esas trincheras de tierra no son nada para los guerreros de Inkermann y Montebello.

—Me parece que los veo, agregó entusiasta el interlocutor; esos zuavos son el demonio, los hombres de la bayoneta.

—Eso me recuerda la accion del *Gallinero*, nos batimos como unas fieras.

—A mí me defraudaron esa condecoracion solo porque no estuve en la jornada; vea usted que injusticia.

—Así pagan los gobiernos á los buenos servidores.

IV.

Colocado en medio de los grupos intervencionistas y republicanos, y recogiendo con avidez cuantas especies se vertian, estaba un individuo en cuya fisonomía se marcaban las relevantes señales de la ansiedad.

Habia copiado á la letra los telégramas y no cesaba de ver al telegrafista y estudiarle el semblante y la mirada, por si traslucia algo que le contrariase.

Cerca de tres horas se pasaron en esa terrible expectativa, hasta que la máquina tornó á funcionar.

Apagáronse los rumores y el empleado dijo en voz alta:

"Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las dos y minutos de la tarde.—El ejército frances ha intentado replegarse, y en estos momentos acaba de reconcentrarse amagando á esta plaza por la línea de Oriente; es probable que por ese rumbo vuelva á comenzar su ataque.—En estos momentos ha cesado el fuego del todo.—De orden del señor gobernador y comandante militar comunico á usted esta noticia, añadiéndole que el entusiasmo de la plaza es muy satisfactorio.—*Joaquín Tellez.*"

Un aplauso se desprendió de la multitud.

En el primer asalto los franceses habian retrocedido.

—Este negocio va mal, dijo Torre-Mellada un tanto desmoralizado, y con voz algo baja y menos altanera.

—Amigo, dijo su compañero, puede ser que sea *borrego* para amedrentarnos.

—Tiene usted razon; no seria difícil que fuese un invento de estos pícaros.

—Yo los creo capaces de todo.

—Hasta de engañarnos.

—Es preciso que levanten la moral, estoy seguro de que Zaragoza está derrotado.

—Yo lo podria jurar á mil cruces.

—No obstante, tengo mis dudas y perplejidad.

—Todo consiste en esperar, donde nos dejen la cosa entre azul y buenas noches, seguro que les ha pasado un fracaso.

—Esperemos, y en silencio; porque ese grupo de canalla que rodea al abogado nos está viendo con cierta burla que va á parar en que les abra el bautismo de un muletazo.

—No hará usted tal cosa, porque nos descuartzarian estos bandoleros.

—Y yo me llevaria media docena por delante, ¡zambomba! donde se me suba lo brigadier á las narices, hago una de Lapi-tas y de Centauros que----

—No, no haga usted nada de centauros si quiere irse por su pié á casa.

—Bien, me callaré para ver en lo que para esa concentracion de los franceses; han reulado como los toros, para embestir con mas fuerza, ¡si yo no sabré la táctica francesa!

—Temo que los reciban con garrocha en mano, y----

—Que calle usted, hombre! que el corrillo nos mira de hito en hito.

El inválido y su amigo se encastillaron en el silencio mas profundo en espera de un nuevo parte telegráfico.

—Estamos de buenas, gritaba el estudiante abrazando al infeliz abogado que no las tenia todas consigo, fijo en el terrible pensamiento de que los franceses lo habian de colgar de un farol de las casas consistoriales.

—Bien, decia un tanto afligido, no es lo malo que hayan retrocedido, sino que vuelvan á la carga.

—Con mil diablos! y por qué tiene usted tanto miedo?

—Porque comprendo el peligro, señor mio.

—Ya, pero es necesario no perder la moral, está usted amilanado, recobre su buen humor, que bien lo merece el aspecto de aquel grupo de viejos reaccionarios que ya tienen cólico con las noticias del campo; vean ustedes, yo soy hombre de *corazonadas*, y hoy me levanté pensando en que los franceses serian derrotados.

—No haga usted caso, esas son palpitaciones nerviosas, interrumpió el abogado; usted no crea sino lo que vea palpablemente.

—Está usted bueno para mandar una columna, señor letrado.

—Ni de humo, confieso que mi espíritu está muy lejos de la atmósfera militar, y que hasta las detonaciones me producen muy mal efecto.

—Usted es ave de pluma.

—Enteramente.

—Otro parte telegráfico, ¡demonio! ya se hacia necesario, estamos que no nos llega la camisa al cuerpo.

El empleado de la oficina se habia convertido en heraldo, subióse sobre la silla, y dijo con voz sonora:

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las dos y treinta minutos de la tarde.—Los zuavos se han replegado, y nuestras caballerías tratan de dispersarlos en estos momentos.”

Repitiéronse los gritos de entusiasmo y los aplausos; pero la ansiedad era vivísima, nadie creia que la tropa francesa se dejase arrancar una victoria sin haber luchado antes desesperadamente.

V.

La ciudad andaba revuelta, cada parte telegráfico era una esperanza halagadora para los buenos mexicanos y un rayo para los *intervencionistas*.

Las esperanzas de los comprometidos en la reaccion, venian por tierra al primer soplo de la fortuna.

El castillo de barajas se desmoronaba, y los sueños de ambicion se tornaban en una espantosa pesadilla.

La colonia extranjera estaba aturdida, le parecia increíble que los hombres del combate y de la victoria dejasen en los campos de Puebla los laureles cosechados en cien encuentros gloriosos.

Habian visto salir á nuestros batallones llenos de entusiasmo; pero sin los elementos necesarios para afrontar una empresa de tal tamaño.

La traicion de Saligny era el preliminar lógico del éxito, y aquella repentina contradiccion los anonadaba.

Los españoles, que al principio habian renegado por la determinacion del general Prim, se alegraban del fracaso terrible

de los franceses, y los hijos de la Gran Bretaña bendecian á Sir Charles Wyke por su determinacion de reembarque.

La gente conservadora se refugiaba en ese recurso tan comun de los que tienen una causa desesperada: la negativa perpétua.

El gobierno pasaba por un trance terrible; habia hecho salir violentamente al general Antillon al frente de los magníficos cuerpos de Guanajuato, que haciendo una marcha que forma época en los anales de la milicia, llegaron á Puebla el dia 6, cuando los franceses estaban aún á la vista y en actitud de combate.

Si la suerte era adversa, la capital estaba perdida, como Paris despues de la derrota de Napoleon.

En aquel acto solemne se jugaba el porvenir de la nacionalidad mexicana.

Si seis mil franceses penetraban victoriosos hasta el corazon del país, no existia esperanza de resurreccion, era necesario abdicar ante un hecho tan vergonzoso para la patria.

El nombre de Zaragoza estaba para hundirse en el abismo del olvido, ó para alzarse en la cumbre de la inmortalidad.

Dios estaba con nuestras armas!

Habian transcurrido dos horas mortales.

Qué habria pasado en el teatro de la batalla?

Aquel silencio era aterrador.

Los argumentos, las esperanzas, las predicciones, todo vagaba en un rumor siniestro en el campo de las conjeturas.

El pueblo presenciaba la escena de David y el gigante Goliath.

Si la piedra no heria la frente titánica de su adversario, el jóven pastor estaba perdido.

Escuchóse de nuevo el ruido de la máquina, y despues de algunos minutos, el empleado que habia transcrito el parte salió violentamente en direccion al ministerio de guerra.

—*Estamos perdidos*, fué la voz que discurrió en aquel auditorio momentos antes tan entusiasta.

Aquella masa compacta salió en pos del empleado y se dirigió á la cámara de diputados, donde se esperaba al ministro llamado á dar cuenta de los mensajes del general Zaragoza.

VI.

Agolpóse la multitud á las galerías con la celeridad de un cauce desbordado.

Los representantes guardaban su puesto, y en su actitud se comprendía la violencia de la situación por que la alta cámara atravesaba.

El secretario anunció que el ministro pasaría al congreso luego que terminase la junta que se celebraba en aquellos momentos con el presidente.

Todos estos aplazamientos ponían más nerviosa á la multitud y á la cámara, donde se veían las pronunciadas señales de la violencia disimulada bajo el aparato de la magestad.

Ya se comenzaba á abrigar una sospecha terrible, acaso nuestros soldados habrían sido envueltos por el ímpetu de los franceses, y arriada nuestra bandera en los campos de batalla.

Había algunos que aseguraban que Zaragoza no sobreviviría á la derrota; y tenían razón, el hombre de Silao y Calpulalpam no osaría presentarse ante la República despues de haber perdido en un combate, si no la honra, al ménos el porvenir de su patria.

Repentinamente el ministro se dejó ver en la tribuna, tenía un aspecto friamente sereno, su mano estaba algo trémula por la emoción.

Un silencio profundo reinaba en el ámbito del salon, parecía que la multitud tenía un solo pulmion y había contenido el aliento para no interrumpir, cabe la respiración, el discurso del ministro.

—Señores, dijo el general Blanco, voy á dar lectura á los dos partes que ha recibido el gobierno, y que juzgó oportuno dar á conocer al pueblo y á la cámara en una sola sesión.

La ansiedad llegaba á la agonía.

Los ojos de toda aquella muchedumbre parecían salir de sus órbitas.

Los individuos que se agolparon á los asientos últimos de las gradas, se levantaron para oír mejor, formando con el hueco de la mano un doble tornavoz á su oído.

El ministro dió principio á su lectura:

“Puebla, Mayo 5 de 1862.—Recibido en México á las cuatro y quince minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Sobre el campo á las dos y media.—Dos horas y media nos hemos batido.—El enemigo ha arrojado multitud de granadas.—Las columnas sobre el cerro de Loreto y Guadalupe, han sido rechazadas; seguramente atacó con cuatro mil hombres.—Todo su impulso fué sobre el cerro.—En este momento se retiran las columnas y nuestras fuerzas avanzan sobre ellas; comienza un fuerte aguacero.—I. Zaragoza.”

Un rumor de duda y sobresalto vagó algunos instantes sobre aquel mar encadenado.

El ministro continuó:

“Mayo 5 de 1862.—Puebla, á las cinco y cuarenta y nueve minutos de la tarde.—Ciudadano ministro de la guerra.—Las armas del supremo gobierno se han cubierto de gloria: el enemigo ha hecho esfuerzos supremos para apoderarse del cerro de Guadalupe, que atacó por el Oriente, á izquierda y derecha durante tres horas; fué rechazado tres veces en completa dispersión, y en este momento está formando su batalla fuerte de cuatro mil y pico de hombres, frente al cerro, fuera de tiro.

Calculo la pérdida del enemigo, que llegó hasta los fosos de Guadalupe en su ataque, en seiscientos á setecientos hombres; cuatrocientos habrémos tenido nosotros.—Sírvasse usted dar cuenta de todo al ciudadano presidente.—Zaragoza.”

Un grito unánime de patriotismo y entusiasmo respondió á las palabras del ministro de la guerra.

La alegría degeneraba en llanto, último puerto de los goces y de los sufrimientos.

VII.

Aquel individuo que han visto nuestros lectores ingerirse entre la multitud, ya en la oficina del telégrafo, ora en la cámara de representantes, lanzó un grito de desesperacion al escuchar el parte del general Zaragoza, cuyo grito se perdió entre el clamoreo que saludaba al vencedor y á sus soldados.

Aquel hombre salió pálido como un cadáver y se dirigió casi demente á la casa de doña Blanca de Montemolin.

—Qué pasa, Manzanedo? gritó la jóven al ver el rostro descompuesto del secretario del conde de Morella.

—Una gran desgracia, señora, los franceses han sido derrotados por el ejército mexicano.

Una nube densa atravesó por el semblante de la jóven, y de sus ojos se desprendió un relámpago siniestro.

—Acabo de leer, prosiguió trémulo Manzanedo, el parte de Zaragoza, y desde luego se comprende todo lo espantoso de esa verdad.

—Imbéciles! murmuró la jóven, se hacen llamar los primeros soldados del mundo, y se dejan derrotar por un grupo de pueblo armado.

—Y qué hacemos, señora?

—Y me lo preguntas, tú, hombre de Estado?

—Estoy fuera de mi círculo, me encuentro en un campo desconocido, nada veo, nada percibo, en todo creía menos en esta catástrofe.

—Y bien?

—Regresemos á Inglaterra.

—Jamás! gritó la jóven interrumpiendo á Manzanedo.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, murmuró el secretario.

—Tú no sabes, Manzanedo, que México ha puesto el fuego en la mina: dentro de poco tiempo aquella nacion que ha visto con desden marchar á su ejército á la expedicion de América, levantará el grito al sentimiento de su nacionalidad y de su patriotismo, herido en la derrota de hoy; Napoleon III no consentirá jamás en que sus águilas hayan arrastrado sus alas por el suelo y buscará una revancha sangrienta! Manzanedo, hoy comienza la guerra, no hay retirada posible, ante el honor hay sacrificio, muerte, pero no vergüenza! La Francia de 62 no se alejará como una turba de comerciantes de regreso al suelo pátrio; luchará y vencerá!

Manzanedo estaba confundido.

—El genio de la Europa, prosiguió doña Blanca, llevaria una señal al rostro, le escupirian á la frente sus victorias, y el pueblo frances veria con desden á ese hombre que se ha tornado en ídolo de su nacion, solo porque conserva á grande altura el estandarte de la patria.

—Esperémos, pues, dijo Manzanedo.

—Sí, esperémos; pero no en la inaccion, marchémos al teatro de la guerra, trabajemos; porque hoy mas que nunca está comprometida la causa de don Juan de Borbon; hay algo de siniestro en nuestra familia, algo de fatídico que nos sigue hace mucho tiempo; parece que vamos sobre las huellas de la desgracia; pero yo contrariaré esa fortuna siempre adversa, lucharé como nadie ha luchado hasta hoy, iré á encontrar los sucesos